

### CAPÍTULO III

El cambio es el fenómeno fundamental del comercio.—Cambio de mercancías.—Cambio de objetos á los que se asigna un valor con mercancías ó de valores entre sí.—Con la división del trabajo se verifican las operaciones del cambio con mayor facilidad y precisión.—Especialidad de las funciones en el mecanismo del cambio.—Comercio primitivo.—Cambio directo de mercancías.—La moneda.—Los instrumentos de cambio.—El mecanismo del cambio.

30.—El acto fundamental del comercio es el cambio. No se concibe el comercio sin el cambio, ya sea de mercancías, de servicios, de monedas ó de valores. Úsase la palabra *comercio* en el sentido amplio, cuando se dice *comercio de la vida*, como relación del cambio de servicios que unos hombres prestan á otros; y en el sentido estricto, en la acepción puramente económica, se refiere al cambio de mercancías, de monedas y valores. Los actos más secundarios de la vida mercantil no tienen otro objeto que promover, encauzar, dirigir, garantizar, extender ó activar el cambio; y las condiciones de toda clase que en la vida social influyen sobre el comercio, no son más que factores del cambio ó elementos que tienen con él una relación directa ó indirecta; por fin, nos resta señalar los contratos fundamentales del Derecho mercantil como transformaciones de la primitiva permuta ó cambio de mercancías. Tan encarnada está la idea de cambio en todo lo que al comercio se refiere, que usualmente se confunden ambas palabras y se emplean indistintamente al decir *libre cambio* como equivalente á *comercio*

*libre*, y en este sentido lo emplean hoy los ingleses *free trade*, y los españoles al usar la palabra *cambio*, los catalanes *cambi*, los provenzales *camje*, los franceses *change*, y así teniendo á la vista las etimologías y las acepciones, se ha hecho notar que el comercio en todas sus esferas no es más que un cambio repetido (1).

31.—Los primeros cambios debieron consistir en armas y alimentos. A medida que el hombre perfeccionó sus armas para la defensa y la caza, aumentó el caudal de alimentos (2) y fué más variada la comida. Cuando un individuo ó un grupo tenía un exceso de carne de mammut ó estaba harto de ella, la cambiaba por carne de caballo, de reno ó por unas cuantas piezas de pequeños mamíferos ó sartas de pájaros. Los hombres de la edad de la Magdalena hacían entrar en sus trueques y permutas grandes cantidades de pescado, especialmente el salmón pescado en el Perigord y el sollo cogido en los Pirineos (3). Entre los australianos, la pesada diorita, que servía para hacer hachas, era transportada á centenares de millas por los indígenas, que en cambio recibían de otras tribus los preciados productos de sus distritos, tales como el ocre rojo, que les servía para pintarse el cuerpo; llevando tan lejos su respeto al tráfico, que dejaban pasar á los comerciantes ilesos y salvos en medio de tribus que estaban en guerra (4). El principio esencial del comercio moderno sigue siendo aún lo que fué entre los rudos indios del Brasil, cuyas tribus hacían muchas más flechas envenenadas de las que necesitaban, á fin de cambiar las sobrantes por lanzas de madera dura de árboles que crecían en otro distrito ó por hamacas de palmeras (5).

El cazador canadiense necesita para su propio uso muy pocas pieles; pero como puede adquirirlas en abundancia, las recoge para cambiarlas por telas, especias y otros productos que

(1) Véase *Diccionario general etimológico de la lengua española*, por D. Roque Barcia; Madrid, 1880, palabra *cambio*, pág. 723, tomo 1.º

(2) Quatrefages, *L'espèce humaine*, 5.ª edición; Paris, 1879, págs. 237 y siguientes.

(3) Quatrefages, obra citada.

(4) Tylor, *Antropología*, edic. esp., pág. 324.

(5) Tylor, obra citada, pág. 323.

le traen los traficantes de otras regiones (1). Hace notar Tylor, que la historia general del comercio del mundo es el desarrollo de este principio en los pormenores del antiguo tráfico de Egipto con Asiria y la India, las colonias fenicias que comerciaban con el Mediterráneo, las antiguas vías de comercio á través de Asia y Europa, el auge de los principes mercaderes de Génova y Venecia, los primeros viajes alrededor del Cabo á las Indias orientales, el descubrimiento de América y la navegación del Océano por el vapor (2).

En los primitivos cambios, tales como debieron realizarlos aquellos hombres de las primeras edades y los salvajes más atrasados, no hallamos todavía la clara noción de la unidad de valor, que es lo que constituye un gran adelanto en el comercio. Los indios de la Colombia inglesa consideran que cada sarta de conchas, *haiqua*, que usan como franjas de adorno para los vestidos, vale tanto como una piel de castor (3); y en los relatos de los viajeros se lee que los habitantes de las islas Nicobar tenían en 1853 una lista formada de los precios corrientes, en nueces de coco, de los principales objetos importados de Europa (4); un saco de arroz valía 300 nueces, una cuchara 150 y un fusil, una barrica de ron, así como una pieza de calicot larga de veinte metros, se pagaban con 2.500 nueces de coco (5). Los hombres completamente incultos desconocen el valor de las cosas; así los negros del interior del Africa, en cambio de careis, conchas recogidas en las islas Maldivias, dan polvo de oro, aceite de palmera y hasta negros y negras (6). En muchas comarcas del Africa desconocen la moneda, y su tráfico consiste en permutas, las que se efectúan sin ninguna noción de valor (7). En el mundo antiguo, á juzgar por datos históricos que tenemos, había pueblos que el valor lo computaban en ga-

(1) Tylor, *Antropología*, edic. esp., pág. 328.

(2) Ob. cit., pág. 329.

(3) Tylor, Ob. cit., pág. 325.

(4) Véase *Voyage de circumnavigation de la frégate autrichienne «La Novara»*, 1857-59.

(5) Id., id.

(6) Viaje citado, inserto en la *Tour du Monde*.

(7) Véase *Les peuples de l'Afrique*, por R. Hartmann; *Bib. scient. inter.*; París, 1880, pág. 135.

nado; pues en la *Iliada*, cuando describe los fuegos funerarios, se lee que el gran premio del trípode fué valorado en doce bueyes, mientras que la esclava que constituyó el segundo premio estaba apreciada en cuatro bueyes. Ya aquí aparece reconocido el principio de la unidad de valor; pues no sólo puede ya el propietario de bueyes comprar trípodes y esclavas con ellos, sino que el poseedor de un triple del valor de doce bueyes puede venderlo y cambiarlo por tres esclavas calculadas á cuatro bueyes cada una (1). Aun hoy mismo, á pesar de que la noción del valor se ha fijado y concretado mucho en los países civilizados (2), varios objetos de adorno circulan como moneda, especialmente allí donde el dinero escasea. Así es que el kanovi, el fioldt como el zultú (3) y otros, verifican los cambios con cierta inteligencia (4), lo cual denota una noción rudimentaria del valor. El viajero en Abisinia ha de comprar lo que necesita con terrones de sal, mientras que en otras partes de Africa tiene que llevar hojas de hierro propias para azadas, piezas de telas y sartas de cuentas para que le sirvan como moneda (5). Las conchas de la *cypraea moneta* siguen sirviendo aún para los pequeños cambios en el Sur de Asia, como han servido desde tiempo inmemorial. Estas mercancías desempeñan más ó me-

(1) Tylor, *Antropología*, edic. esp., pag. 325.

(2) Sobre el valor, véase la obra de Adam Smith, *Riqueza de las naciones*, capítulo 5.º; Roscher, *Principios de economía política*, capítulo 1.º, Not. fund.; Mac Culloch, *Principios de economía política*, traducción de A. Planché, segunda parte, *Del valor y de los precios*; H. C. Carey, *Principios de ciencia social*, tomo 1, capítulo 6.º; Hipolit Passy, *Diccionario de la economía política*, art. *Valueur*; J. Stuart Mill, *Principios d'economie politique*, libro III, caps. 1.º y 4.º, edición Guillaumin, 1861, traducida por Dussard y Courelle Seneuil. Acerca de los diversos sentidos y acepciones en que puede tomarse la palabra *valor*, véase E. Littré, *Diccionario de la lengua francesa*. El insigne químico Wurtz, en su *Teoría atómica*, edición francesa, París, 1879, págs. 144 y 175, usa la palabra *valor* en un sentido muy lato. El mismo Schopenhauer no tenía idea de la noción de valor absoluto (véase *Le fondement de la morale*, traducción del alemán por A. Burdeau; París, G. Bailliére, 1879; y sobre todo, véase *Teoría científica del valor*, por Pedro Estasén, *Revista de España*, número correspondiente al 23 de Septiembre de 1879, tomo LXX, pág. 188, y números siguientes).

(3) Para todo lo relativo al país de los zulús, véase *Le Zoulouland et le cap.*; *Revue géographique internationale*, número de 30 de Junio de 1879, pág. 148.

(4) Hartmann, *Les peup. de l'Afr.*, pág. 325.

(5) Tylor, *Antropología*.

nos groseramente el papel de la moneda (1). El uso de la moneda provino, según Tylor, de haber sido el oro y la plata en los antiguos tiempos trocados al peso por mercancías, según puede verse en las pinturas de los antiguos egipcios, pesando en sus balanzas montones de anillos de oro y plata, lo que muestra que éstas no eran todavía monedas propiamente dichas. Algo de esto sucede aún con el oro y la plata con que se trafica en Oriente, donde se pesan y cuentan pequeños lingotes con el objeto de ver lo que cada uno vale (2).

32.—Los cambios de mercancías cuando se efectuaron en épocas normales de una manera constante y bajo cierta estabilidad, y á medida que fueron extendiéndose en agrupaciones, tribus, pueblos ó naciones compuestas de gran número de individuos, dieron lugar á creación de costumbres, instituciones, maneras y tipos de valor para ajustar los cálculos. La idea de representar por medio de signos convencionales una cierta cantidad de riqueza, ó de objetos que signifiquen ó equivalgan á objetos de riqueza, es muy antigua. Según Daux (3), antiguamente los fragmentos de pieles y los granos de trigo hacían el papel de billetes de banco, y siguiendo una antigua costumbre, los cartagineses se servían de trozos de cuero con una marca particular (4). Tylor afirma que la moneda aparece cuando las piezas de metal se hacen de un tamaño y forma fijos, y se marcan con una figura ó inscripción que las autoricen de modo que puedan recibirse sin necesidad de pesarlas ó ensayarlas, y supone que esto, con ser una cosa tan sencilla, no se les ocurrió á muchos pueblos de la antigüedad; y que la moneda primitiva

(1) Para la historia del desenvolvimiento del cambio y de sus instrumentos, véase Echange, *Descriptive Sociology; or groups of sociological facts classified and arranged by Herbert Spencer*; London, July, 1873; tomo I, pág. 49; ingleses; tomo II, pág. 55; antiguos mejicanos, americanos del centro, antiguos peruanos; tomo III, pág. 47; razas malayo-polinesias, negrito, etc.; tomo IV, pág. 37; razas africanas; tomo V, pág. 45; razas asiáticas; tomo VI, pág. 43; razas americanas; tomo VII, pág. 98; hebreos y fenicios; tomo VIII, pág. 135; francos.

(2) Tylor, *Antropología*.

(3) *L'industrie humaine*, pág. 207.

(4) Véase Alfredo J. Church, *Historia de Cartago*, edición española; Madrid, 1889, pág. 172.

consiste en los primeros cubos de oro estampados de la China y las piezas de cobre con la hechura de camisas y cuchillos que pretendían representar cuchillos verdaderos. En Lydia y en Egina aparecen las monedas en su primitiva forma como rudos zoquetes de metales preciosos, estampados por un lado solamente con un símbolo, tal como la tortuga, y mostrando en el otro la señal del yunque ó herramienta en que se colocaban para ser acuñadas, modelos accidentales que luego se mejoraron en las últimas monedas, convirtiéndose en un reverso ornamentado. El arte de la acuñación hizo grandes adelantos, de modo que entre las más preciosas monedas del mundo se encuentra la de oro que tiene el busto de Filipo de Macedonia, con la cabeza laureada por un lado y un carro con dos caballos en el otro. Una de las razones por la cual las monedas no se acuñaron en tan altos relieves, es porque se desgastaban mucho por el uso. El *as* romano, que no fué acuñado sino fundido, parece haber sido al principio una libra de cobre, y su nombre significaba *uno* (1). La acuñación constituyó desde las primitivas edades un monopolio del Estado, y pronto comenzó la práctica de rebajarse la ley de la moneda y disminuir su peso en provecho del real tesoro. Hasta dónde se llevó esta rebaja por los Gobiernos, puede verse en el hecho de que la libra de plata llegó á rebajar su valor hasta la libra francesa, *livre* ó *franco*, y á la libra escocesa, valor de ocho reales. Aunque el valor de la moneda se ha cambiado, la acuñación de los antiguos tiempos puede trazarse aun hasta nuestros días en la contabilidad inglesa, donde se conservan todavía las letras L. S. D. (*libra solidi denari*) de los romanos (2).

(1) Para la división de la unidad monetaria de los romanos, véase Carlos Maynz, *Curso de Derecho romano*, edición española de Pou y Ordinas; Barcelona, 1887, tomo II, pág. 61, nota núm. 20, y tomo III, pág. 398, nota 20; y para todo lo relativo á las antigüedades romanas, especialmente medallas y monedas, véase la gran colección de Gronovius. *Thesaurus antiquitates groecarum at que romanarum*. La edición que he tenido á la vista en la Biblioteca universitaria, antes llamada convento de San Juan, tiene más de treinta tomos de marca mayor, con magníficos grabados y diseños, y la considero rara, pues en ningún catálogo de bibliotecas particulares la he visto anunciada. Como obra especial, puede consultarse M. Mommsen, *Histoire de la monnaie romaine*, edición francesa del Duque de Blacas y notas del Barón de Witte.

(2) Tylor, *Antropología*, edic. esp., pág. 326 y siguientes.

33.—En la mayor parte de los pueblos antiguos, antes de adoptar un signo metálico, el ganado servía de tipo para valorar las cosas, como lo indica la palabra latina *pecunia*, que como la otra *peculium*, se deriva de *pecus* (rebaño). En el *Rig-Veda*, en el *Zend-Avesta*, en los poemas homéricos y en las leyes irlandesas de los comienzos de la Edad Media, las evaluaciones se hacían por unidades de bueyes y vacas. Lo propio se encuentra en las más antiguas tradiciones romanas. La citada palabra *pecunia*, que pasó á ser la designación general del instrumento de los cambios, se aplicó luego á la moneda metálica cuando fué el signo representativo de los valores. Esto sucedió en Roma, entre los pueblos del Norte de Europa y en el último extremo de los dominios de la raza ariana, en donde *rûpya* (moneda de oro ó de plata) se deriva de *rupe*, rebaño. Según Lenormant (1), fué Solón el autor de la primera moneda metálica de Atenas y quien convirtió en valores monetarios las multas fijadas en ganado por las antiguas leyes de Dracón, y lo hizo tarifando á un dracma y á cinco dracmas lo que antes se fijaba en un carnero y un buey, de lo que resulta la existencia de una antigua escala proporcional de valores, en la que un buey equivalía á cinco carneros. Las ciudades griegas transmitieron á los latinos el uso de la moneda y una palabra que éstos pronunciaron, *nummus* ó *numus*. Durante millares de años, Egipto, Caldea, Asiria, con relaciones comerciales muy extensas, se servían de metales preciosos, ignorando el uso de la moneda y empleando para sus transacciones lingotes de metal de formas variables, sin sello ni marca que asegurara en nombre de una autoridad pública la exactitud del peso ni la legitimidad, de manera que debían pesarse los lingotes en cada transacción. Cierta cantidad de metal representaba un valor fijo, y esta cantidad de metal aparecía regulada según la escala ponderal en uso entre los diferentes pueblos; así en el Asia semítica el siclo no era considerado como una moneda, sino como una unidad de peso, y la estimación del valor de las cosas se

(1) *La Monnaie dans l'antiquité*, «Leçons profesées dans la chaire d'archéologie près la Bibliothèque nationale en 1875-77», par François Lenormant; Paris, 1878, tomo I, pág. 77.

hacia por una cantidad de oro ó de plata en bruto, según un cierto número de siclos. Más tarde se fijó el peso exacto de los lingotes, los cuales, si se destinaban á la circulación, se fabricaban bajo los tipos de una escala ponderal exacta. La necesidad de hacer pagos pequeños, las transacciones de poco valor, pero infinitas, de cantidades muy reducidas, obligaron á poner en circulación pequeños lingotes de peso fijo, que constituyeron en todas las civilizaciones orientales de la antigüedad una especie de numerario antes de la invención de la moneda. La innovación más importante, la verdadera creación de la moneda, fué la marca ó sello oficial puesto en esta antigua especie de numerario, en los reducidos fragmentos de metal de peso fijo y regular, y lanzado al público como signo de valor é instrumento de cambio con garantía del Estado.

34.—Con la moneda nació la compraventa (1), forma de adquisición excesivamente simple en sus orígenes, pero luego perfeccionada por la experiencia y que dió margen en la circulación de los objetos á cuantiosos recursos y beneficios. Con la moneda y la adopción de la compra se extendieron y facilitaron las transacciones extraordinariamente; pues contando con la garantía del Estado de que el valor intrínseco coincide con el valor nominal, se recibieron los valores sin previo examen y al tipo de su valor de emisión. Las disposiciones sobre curso legal de la moneda y las costumbres comerciales que la aceptaron para las transacciones, la extendieron por el mundo civilizado de la antigüedad y han universalizado su uso. Es un hecho universalmente reconocido y fuera de toda duda, que en los comienzos del siglo VII, antes de la Era cristiana, empezó á usarse la moneda, cuya invención es debida á los griegos ó á los lydios, dos pueblos pertenecientes al mundo griego-pelasgo. Antes de ellos no se encuentra en el mundo antiguo ninguna huella de moneda desde las columnas de Hércules hasta más allá del Ganges. Es más, el uso de la moneda se ha extendido gracias á la influencia del helenismo, lo cual puede compro-

(1) Aristóteles, *Política*, 1, 6, 14, 16, tomo I, pág. 53, traducción de M. Barthelemy Saint-Hilaire.

barse históricamente (1). Recientes investigaciones nos demuestran que los chinos desconocieron antiguamente la moneda acuñada; pero, en cambio, desde el año 107 antes de Jesucristo pusieron en circulación papel moneda (2).

Bien es verdad que un papyrus del tiempo de la XIX dinastía egipcia habla de una gratificación de 100 *utens*, ó simplemente *tens* de cobre, distribuidos entre la guarnición de la plaza fuerte de Pa-Ramsés en el Bajo Egipto, con objeto de celebrar la visita del rey Merenphtah, y gran número de documentos que se encuentran en el Museo de Boulag nos indican que las adquisiciones, las evaluaciones y los pagos se hacían en *utens* ó *tens* de cobre; es igualmente cierto que el salario de los obreros que trabajaban en los templos era de cinco *utens* de cobre mensuales, acompañado de cierto número de raciones de granos y cereales; pero los datos que tenemos del antiguo Egipto nos obligan á creer, que si bien el mecanismo de sus cambios interiores estaba muy por encima del simple trueque ó permuta, que la medida del valor de los objetos y las mercancías se verificaban bajo un tipo común, es también cierto que este tipo común de los valores era el cobre, que circulaba y se apreciaba simplemente el peso sin forma monetaria, y medido y pesado por medio de la balanza en cada contrato; pues precisamente, como hace notar Lenormant (3), en cada adquisición, pago ó valoración en *utens* de cobre que nos presentan los documentos egipcios, no se encuentra indicio alguno de existencia de lo que denominamos moneda, propiamente dicha: de una moneda revestida de garantía pública, con curso legal y sin que tenga que recurrirse á cada instante á la balanza.

35.—Es indudable que el uso constante en el comercio de un signo representativo de los valores, como el metal en barras y lingotes, con ó sin expresión del peso, constituye un inmenso progreso sobre aquel estado en que una mercancía, los carneros y los bueyes, constituían una unidad de valor; pero difiere de la opinión de muchos autores, que creen que consti-

(1) Lenormant, *La monnaie dans l'antiquité*, pág. 92.

(2) Hellwald, *Historia de la civilización*, edic. esp., pág. 161.

(3) *La monnaie dans l'antiquité*, edición citada, pág. 97.

tuye un progreso, una diferenciación de la moneda acuñada, el uso del papel moneda y de ciertos instrumentos de cambio. Yo creo que el papel moneda y aun las letras de cambio son anteriores á la moneda propiamente dicha, y que este es el verdadero tipo, el último grado de progreso, la última fórmula en la historia de la evolución de los signos representativos del valor. Desde el signo representativo del valor en metal—piezas en lingotes que se apreciaban al peso—se pasó al papel moneda, á las letras de cambio, y tardó aun mucho en aparecer la moneda metálica acuñada oficial. Tylor (1) cree que para el pequeño tráfico dentro de cada país, bastaba con la moneda de metal; pero que ofrecía grandes perturbaciones y riesgos el tener que enviarlas á centenares de millas para el pago de las mercancías compradas en lejanos países, y que un sustituto del oro y de la plata fácilmente transportable, era el billete de banco ó promesa de pagar cierta cantidad, expedido por alguna tesorería ó algún banquero, y que, como la moneda, podía transmitirse de mano en mano. Supone Tylor que el emperador de la China aparece haber expedido estos billetes en cambio de dinero cerca del siglo VIII, y que en el siglo XIII el famoso viajero comerciante en Tartaria, Marco Polo, describe las monedas del gran Khan hechas de piezas de cortezas de morera acuñadas, y aun supone el autor citado que más útil fué para el comercio la invención de la letra de cambio. Yo entiendo, y así nos lo enseña la historia de la antigüedad, que el invento de la moneda y de los signos representativos del valor y de los instrumentos de cambio no tuvieron lugar sucesivamente y unos después de otros, sino que primero se efectuaron los cambios por mercancías, después por unidades de una mercancía determinada (carneros, vacas, etc.), que servían de tipo de valor; más tarde por unidades de especies metálicas, que se valoraban y apreciaban al peso, y que luego, á fin de ahorrarse en las transacciones el transporte de masas metálicas, se imaginaron mil formas de papel moneda, valores fiduciarios, órdenes de pago y especies más ó menos rudimentarias de nuestros

(1) *Antropología*, edic. esp., pág. 327.

cheques, letras de cambio, billetes de banco, etc., etc., y que mucho más tarde apareció la moneda metálica acuñada como tipo de valor y con curso legal.

36.—En los antiguos pueblos, y aun hoy en muchas comarcas, se sirven de anillos de plata y oro para los cambios. Los celtas de la Gran Bretaña é Irlanda, los irlandeses hasta el siglo XIII, se hallan en este caso, en igual forma que hoy se encuentran en el interior de Africa y en muchas partes de la India, y son varios los pueblos que aun hoy desconocen el uso de la moneda. En la antigua Siria usaban lingotes metálicos, y en los monumentos egipcios encontramos que Tutmosis III, en el año veintitrés de su reinado, recibió de los khetas 301 utens de plata (28 kilogramos 896 gramos) en ocho anillos, y en el Museo de Leyden se encuentran gran número de anillos que sirvieron pura y exclusivamente como instrumentos de cambio, que no están arreglados ni sobre el tipo egipcio del uten ó del kito, ni sobre el tipo etiope del pek, aunque fuesen encontrados en Egipto, y Lenormant (1) halló que eran divisiones exactas y normales del siclo caldeo-babilonio. Cuando debían pagarse pequeñas cantidades, para las cuales bastaba uno ó algunos anillos, los egipcios contrataban por siclos de plata. En el Asia Anterior, los anillos de oro y plata servían de instrumentos para los cambios, y se introdujeron en la circulación metálica de Egipto en la época de la XVIII y de la XIX dinastía, con una escala gradual de peso muy regular y que descendía hasta cantidades muy reducidas. Cuando Abraham compró á los hetheos un campo para destinarlo á sepultura de familia, entregó 400 siclos de plata (2), y como los lingotes eran de peso regular y exacto, y conforme á tipos de uso habi-

(1) *La monnaie dans l'antiquité*, pág. 103.

(2) En la edición de que me sirvo, *La Santa Biblia*, Vulgata latina (y su traducción al español por el Ilmo. Dr. D. Félix Torres Amat, con notas de éste y del Ilmo. P. Felipe Scio de San Miguel, cronología del Reverendo Padre Fidel Fita, S. J., comentarios y vindicias; Barcelona) cap. 23, versículo 16, dice: «Abraham, oído esto, hizo pesar el dinero determinado por Efrón á presencia de los hijos de Het, es á saber: 400 siclos de plata de buena moneda corriente; y en la nota 23, dice: «El hebreo, 400 pesos de plata corriente al mercader.»

tual los cortaban por piezas, tanto en Egipto como en Palestina, así lo hizo Abimelech, rey de Gerar, cuando ofreció un regalo de plata á Abraham, y los mercaderes medianitas cuando compraron á José, y cuando éste ya gran dignatario del Egipto hizo un regalo á Benjamín. Es cosa, pues, averiguada y fuera de duda, que en aquellos tiempos ni los hebreos, ni los cananeos, ni los egipcios, tenían moneda alguna acuñada, marcada y sellada, y faltaba á todos este medio de cambio, como dice muy bien Lenormant (1), la ley y la forma, usando la frase de los jurisconsultos romanos; faltaba la garantía del peso y de la calidad, dada por la autoridad pública, y el carácter fiduciario, que es la esencia de la moneda, aun de la mejor, de aquella cuyo valor real tiene exacta concordancia con el valor nominal, y por cuyo motivo se recibe sin dificultad en las transacciones diarias, á causa de su carácter legal y de la confianza que inspira la marca que tiene impresa, y de ahí que á cada momento era necesario comprobar por medio de la balanza la exactitud del peso y ensayar la calidad con la piedra de toque, y aun así el comerciante era libre de rechazarla. La China, aun hoy, presenta un estado de cosas parecido (2). El comercio del antiguo Oriente se valía de ciertas piezas de oro y plata de un peso determinado, y para fijar su valor por su correspondencia á un peso común en que todos conviniesen, usaron varios signos, entre ellos el siclo, al que dieron el peso, según Flavio Josefo (3), de 4 dracmas áticas, aunque no todos coinciden en la apreciación de este autor (4). El estudio de los documentos cuneiformes que pueden dar luz acerca de las condiciones de la circulación metálica en Asiria y Babilonia desde el siglo XII al VII antes de la Era Cristiana, y principalmente á partir del

(1) Obra citada, pág. 109.

(2) Lenormant, obra citada, pág. 110.

(3) En la edición que obra en mi poder (Flavii Josephi, opera *Antiq. Jud.*, *Græcæ et latine, recognovit G. Dindorfius*, volumen I; Paris, Ambrosio Fermin Didot, 1845, libro III, cap. 8.º, pág. 98) se lee: «Siclus autem nummus est apud hebreus, qui valet quatuor drachmas Atticas.»

(4) Véase Bayer, *Coment. de num.*, *Heb. Samaritan*, y los ensayos que se citan en la nota 21, pág. 99; Biblia comentada por Scio, Torres y Fita, publicada por la biblioteca *La verdadera ciencia española*, tomo I.

siglo IX, en que los textos se multiplican de una manera extraordinaria, nos demuestran la continuación de un estado de cosas que en época más remota nos revelan los monumentos egipcios de la XVIII y XIX dinastía. Los tres metales, que podríamos denominar monetarios, el oro, la plata y el cobre, sirven de patrón y tipo común para fijar el valor de los objetos, circulan en forma de lingotes dados y aceptados al peso, comprobado por medio de la balanza como las otras mercancías. Esta manera de proceder, dice Lenormant (1), deja su huella en el lenguaje, pues un mismo verbo, *sagal*, significa á la vez *pesar* y *pagar*. Los pequeños lingotes de oro y plata fabricados para los cambios en Asiria y Babilonia tenían una forma ovoide ligeramente achatada, tal como se encuentra en el origen de la fabricación de la moneda en Lydia. Conviene hacer constar, bajo el punto de vista del mecanismo de los cambios y de la circulación comercial de los pueblos, á que se refieren los documentos asirios del siglo IX al VII, un progreso considerable sobre el anterior estado de cosas, que consiste, no en el empleo de verdadera moneda, sino en el desenvolvimiento de varios medios de representación fiduciaria de valores metálicos, basada sobre el crédito de los negociantes, en un sistema muy adelantado de papel moneda, ó como dice Lenormant (2), *de papel de comercio*, lo cual confirma la proposición que sostenemos al final del párrafo 35 de este mismo capítulo. Encuéntranse escritos estos instrumentos de cambio en pequeños moldes de barro cocido de forma cuadrilátera; forma y dimensiones que recuerdan nuestras pastillas de jabón. El texto se escribía cuando la tablilla de tierra cocida estaba todavía húmeda, la que se ponía al horno para que la inscripción se hiciera indestructible é inalterable. Dichos documentos se refieren á cinco tipos principales, de los cuales presentaremos un ejemplar, tomándolo de la obra de Lenormant (3).

(1) *La monnaie dans l'antiquité*, pág. 111.

(2) Obra citada, pág. 113.

(3) Este lo toma del *Cuneif. inscr. of West. As.*, tomo III de las colecciones públicas y privadas, principalmente del Museo Británico, y de los trabajos de Oppert, *Les inscriptions commerciales assyriennes: Revue Orientale et Américaine*.

A. Obligación simple:

«Cuatro minas de plata al peso de karkenusch

»(Crédito) de Nergalsurussun,

»Sobre Nabucikiriddin, hijo de Nabuiramnapisti, de Dur-  
[Sarkin

»A cinco siclos de plata de interés mensual.

»El 26 air, eponymia de Gobbar» (667 años antes de Jesucristo).

(Siguen los nombres de los testigos.)

Tal es la forma que daban en Asiria al quirógrafo, redactado en presencia de testigos, que constituían el título del acreedor sobre el deudor. Como en todos los contratos asirios, el *dominus negotii*, que en este caso es el prestamista, el vendedor en los actos de venta, el propietario en los contratos de arriendo, se nombra en primer término.

B. Mandato del acreedor al deudor á corto plazo, con cláusula penal en caso de falta de pago:

«Dos talentos de cobre,

»(Crédito) de Mannu-Ki-Arbail,

»Sobre Samasakheisallim,

»Este pagará en el mes de ab.

»En caso de que no pague

»El tercio,

»(La deuda) se aumentará

»El once sivan, eponymia de Baubá» (676 años antes de Jesucristo).

(Siguen los nombres de los testigos.)

El plazo aquí es de setenta y nueve días.

C. Obligación garantizada por un crédito sobre un tercero sobre el cual habrá acción en caso de falta de pago:

«Siete siclos de plata,

»(Crédito) de Mardukabalassur, hijo de Mitia,

»Sobre Mardukabalassur, hijo de Segua,

»Que tiene un crédito sobre Rimut-Nabú, hijo de Mitia, hijo  
[de Ilanitabui.

»Mardukabalassur pagará el mes de douz .